

Testigos de amistad y reconciliación

Mensaje orante para aquellos jesuitas que trabajan en zonas de guerra y conflicto

“Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre compasivo y Dios de todo consuelo, que nos consuela en cualquier tribulación, para que nosotros, en virtud del consuelo que recibimos de Dios, podamos consolar a los que pasan cualquier tribulación. ... Nuestra esperanza acerca de vosotros es firme, pues sabemos que como compartís nuestros sufrimientos, así compartiréis nuestro consuelo”.
(2 Cor. 1: 3-4, 7)

Desde la última Congregación General, no dejamos de contemplar desgarradoras situaciones de conflicto en diversas partes del mundo. La triste letanía incluye Siria y Sudán del Sur, Colombia y la Región del los Grandes Lagos en África, la República Centro Africana, Afganistán, Ucrania, Irak y muchos otros lugares. La pérdida de vidas humanas, así como el desplazamiento masivo de personas, ha provocado una situación devastadora de alcance mundial, que afecta especialmente a los que se encuentran trabajando en las fronteras. Con profundo afecto y solidaridad a nuestros compañeros jesuitas que viven y trabajan en situaciones de violencia y de guerra les dirigimos este mensaje.

Queridos compañeros y amigos en el Señor,

Los jesuitas congregados en la CG 36 deseamos enviar un mensaje de apoyo a nuestros hermanos, que trabajan en las fronteras de la guerra y la violencia, codo con codo con otros valientes compañeros entregados al mismo empeño apostólico. Sabemos que arriesgan sus vidas a diario para conquistar, con humildad y sin desmayo, la paz y la reconciliación tan anheladas por Jesucristo y que hoy parecen imposibles. Desde aquí agradecemos el amor y el apoyo que reciben de sus familias y de tantos amigos que les ofrecen día a día su aliento y su ayuda.

Llegue también nuestro saludo y gratitud, a través de nuestros compañeros jesuitas, a los hombres y mujeres del Servicio Jesuita para los Refugiados (SJR) y a todos los que con ellos llevan adelante nuestra misión en aquellas Provincias y Regiones donde los conflictos son más intensos y difíciles. Sin su contribución, nuestra misión se vería gravemente empobrecida. Sabemos hasta qué punto, compartiendo los mismos peligros, las mismas amenazas y violencias, se han estrechado entre todos fuertes vínculos de amistad, de oración y de solidaridad.

Comprendemos bien que, repartidos en lugares distantes de este mundo, en ocasiones se sientan olvidados y al margen de lo que suscita el interés de los medios de comunicación. Por eso nuestro mensaje desea enviar a todos y cada uno nuestro recuerdo

OTROS DOCUMENTOS

y nuestra oración, y quiere pedir a toda la Compañía que haga otro tanto. Les sabemos firmes en las fronteras más difíciles, reconociendo en los que sufren el rostro de Jesús, siempre fiel, amigo y compañero.

Levantamos el corazón a Dios para agradecerle el testimonio de amistad y esperanza que constituyen para nosotros. Nos llena de gratitud saber que de las personas a cuyo servicio trabajan les llueven innumerables bendiciones, que significan una gran riqueza también para la Compañía. No están solos; forman parte de este cuerpo apostólico nuestro cuyo único consuelo es ser puestos con el Hijo en sus sufrimientos y en su gloria. Su “oblación de mayor estima”¹ hace más fuerte y eficaz a la Compañía en todo el mundo.

Reciban nuestro agradecimiento, amigos nuestros en el Señor, porque su consagración a la misión de Cristo, les lleva a aceptar la pobreza con Cristo pobre, y no pocas veces la humillación con Cristo humillado. Hacen tuyas, sin duda, las palabras de San Pablo:

¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada? ... Pero en todo esto salimos de sobra vencedores gracias a aquel que nos amó. (Rom 8: 35, 37)

Son muchas las cosas que les ha dado la formación de la Compañía. Les ha preparado para luchas difíciles y les ha hecho capaces de saber extraer lo mejor de cada situación. Pueden afrontar confiadamente dificultades y peligros, aunque siendo muy conscientes de que esas dificultades y esos peligros erosionan su espiritualidad y liman su afectividad. Por eso, en esas fronteras tan amenazadas donde trabajan, son de importancia tan fundamental el discernimiento, el cuidar unos de otros y la solidaridad. Todavía, cuando les invada la impotencia al contemplar continuamente historias de dignidad herida, o cuando la falta de sentido mine su interior, tienen como recurso hacer memoria de Jesucristo, víctima de esa misma impotencia pero con su esperanza puesta en el Padre. Él será su sostén. Él, que les llamó un día, permanece fiel y trabaja para hacer nuevas todas las cosas.

Hermanos, la Compañía de Jesús es una Compañía de amor y de comunión de mentes y corazones², por eso llevamos sus nombres grabados en nuestro corazón. Somos un grupo de amigos en el Señor. Deseamos tener noticias tuyas, saber de tus esperanzas y tus frustraciones, discernir juntos la mejor forma de hacer real nuestra solidaridad. Queremos también hacer llegar hasta cada uno de ustedes noticias nuestras para que sepan de nuestros triunfos y nuestros fracasos y así les sea posible alegrarse con nosotros, sufrir y orar con nosotros³.

¹ *Ejercicios Espirituales* [97]

² “... y también por me parecer que Compañía de Jesús quiere dizir Compañía de amor y conformidad de ánimos ...” Francisco Javier, carta a Ignacio (12 de enero de 1549) § 5 (MHSI, Carta 70, p. 8).

³ “Después en Malaca me dieron muchas cartas de Roma y de Portugal, con las cuales tanta consolación recibí y recibo [todas las vezes que las leo.] y son tantas las vezes que las leí, que me parece que estoy yo allá, o vosotros, charísimos Hermanos, acá do yo estoy, y si no corporalmente, saltem in spíritu.” Francisco Javier, carta a sus compañeros de Europa (10 de noviembre de 1545) § 2 (MHSI MX I, Carta 52, p. 300)

OTROS DOCUMENTOS

También nosotros nos sentimos muchas veces impotentes ante las mil complejas causas de las guerras y la violencia. Son causas que parecen estar, y están casi siempre, absolutamente fuera de nuestro control. Pero sean las que sean esas razones, los que las padecen acaban siendo siempre los más pobres de los pobres. Elevemos unidos nuestro grito de protesta contra la injusticia y el sufrimiento de tantos inocentes.

Testimonio radical en todos los continentes

Aprovechamos esta ocasión para hacer pública mención del humilde testimonio de los que han dado la vida en acto de servicio. La lista⁴ no puede olvidar a Frans van der Lugt, jesuita sacerdote holandés que trabajaba en Siria y fue asesinado en Homs el año 2014; a los Jesuitas y sus dos colaboradoras de El Salvador en 1989; y, más recientemente, tantos otros en diferentes continentes. Es el testimonio del poder del Evangelio, de la bella y dolorosa fragilidad de la existencia humana, de la entrega al servicio de la amistad, y de que es necesario confesar, incluso con la muerte, que el sufrimiento, el riesgo y la valentía forman parte de nuestra vida como jesuitas y de nuestra vocación cristiana.

Recordamos a Paolo Dall'Oglio, sacerdote jesuita italiano, secuestrado en Siria en julio de 2013, y aún en paradero desconocido; pedimos a Dios que pueda regresar a estar con nosotros y con su familia. Damos gracias a Dios por la liberación de Prem Kumar, sacerdote jesuita de la India, secuestrado en Afganistán y retenido durante 8 meses.

Conversión de mentes y corazones

Sólo el Espíritu de Dios es capaz de cambiar las actitudes que engendran y alimentan el conflicto. Por eso la Congregación invita a los jesuitas de todo el mundo a la oración. A que pidan la conversión de la mente y el corazón, tanto en la oración personal como en la celebración de la Eucaristía, y que inviten a otros a que también lo hagan. Invitamos además a todas las Provincias a que luchen por la paz con los medios que estén a su alcance: redes sociales, centros sociales, instituciones educativas, parroquias o publicaciones. Recordamos por último las palabras del Papa Paulo VI: “Si deseamos la paz, trabajemos por la justicia”⁵. Esas palabras nos recuerdan que cuando trabajamos por la justicia en el mundo, estamos tomando parte en la lucha por la paz.

Una misión en el corazón de nuestra vocación de jesuitas.

La lucha por la justicia, por la paz y por la reconciliación, nos remiten a las raíces de la Compañía expresadas en la *Formula del Instituto*. La Congregación General ha insistido en ello, considerando que hoy es algo tan relevante - y urgente - como lo era cuando nuestros Primeros Compañeros fundaban la Compañía de Jesús. Esta presencia en la frontera de la guerra y la paz, es misión que nos toca a todos como jesuitas: novicios, escolares, hermanos, sacerdotes. Es propia de los que trabajan en un ministerio activo y de los que, ya retirados, se encuentran en nuestras enfermerías. Nos atañe, ya trabajemos en una parroquia o enseñemos en una facultad de teología, en un colegio, en un centro de espiritualidad o en cualquier otro ministerio. Es una misión que nos llama a una vida de

⁴ Una lista completa de los asesinados desde 1974 se puede encontrar en *Promotio Iustitiae* 117

⁵ Paulo VI. *Mensaje para la celebración del Día de la Paz, 1º de enero de 1972, AAS 63 (1971), 868.*

OTROS DOCUMENTOS

comunidad más intensa, a sanar nuestras heridas y a una verdadera conversión, conscientes de que, en última instancia, la raíz de los conflictos está en un corazón humano internamente dividido.

El Señor Resucitado trae esperanza, sanación y consuelo

Nuestros corazones pueden estar divididos, pero “Dios es más grande que nuestros corazones”⁶. El Espíritu de Dios actúa en este mundo nuestro. El Espíritu de Jesús Resucitado, que puede cambiar las situaciones que parecen más desesperadas, puede sanar y traer nueva vida donde la necesidad lo reclama. Sabemos que nuestra fe puede superar cualquier oscuridad, que nuestra esperanza puede construir puentes y que nuestro amor puede sanar; pero somos conscientes de que no hay soluciones fáciles. Se hacen presentes a menudo con crudeza en nuestras vidas la cruz del Viernes Santo y el silencio expectante del Sábado Santo. Por eso necesitamos que salga a nuestro encuentro el Señor Resucitado como Consolador y como Amigo. Y nuestro deseo es extender esta amistad a todos los que se ven afectados y atormentados por los conflictos, sin olvidar a los que consideramos nuestros enemigos. No tenemos más armas que las de nuestra amistad. Ella es la defensa contra la dinámica de la violencia. La amistad nos reúne como amigos en el Señor y nos llama a amar y a servir en toda ocasión, unidos a tantos amigos con los que colaboramos, celebramos y proclamamos el Evangelio. Aun en los momentos en que afrontamos grandes desafíos y aparentes derrotas, seguimos soñando con ayudar a recrear un mundo diferente, porque hemos conocido “a Aquel que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar”⁷. Por eso nos mantenemos firmes, “calzados los pies con el celo por el Evangelio de la paz”⁸.

Corazones inflamados – Predicar la Buena Noticia donde existe mayor necesidad.

El trabajo en las fronteras no se hace sin riesgo de la propia vida. Llevándolo a la práctica hacen ustedes actual algo que pertenece al corazón de nuestra vocación de jesuitas: aquel deseo, que vivieron con tanta creatividad y pasión Francisco Javier y los primeros compañeros, de ir y predicar la Buena Noticia allí donde los riesgos y las necesidades fuesen mayores.

Al escribir este mensaje, nos sentimos unidos a todos en el manantial de nuestra vocación. Nuestro corazón se inflama con el mismo fuego que el Señor vino a traer a la tierra⁹ y esto nos llena de consuelo. Al sentir la compasión que a todos ustedes les afecta, también nosotros nos sentimos movidos a una compasión que se traduce en el fuerte propósito de cambiar la dolorosa realidad que dan a conocer a diario los medios de comunicación. Compartimos su anhelo de lograr la reconciliación que desea Cristo y que nuestro mundo necesita con urgencia. Nos ponemos a los pies de la Cruz, como lo hacen ustedes, y buscando cómo mejor amar y servir, cómo trabajar mejor por el cambio, cómo ser mejores transmisores del Espíritu del Señor en este mundo herido. Desde estos hondos y grandes deseos, reconociendo humildemente nuestra limitación y conscientes de nuestra pequeñez en esta *mínima Compañía*, hacemos la siguiente oración:

⁶ I Juan 3: 20.

⁷ Efesios 3: 20.

⁸ Efesios 6: 15.

⁹ Lucas 12: 49, 20.

OTROS DOCUMENTOS

Señor, Dios nuestro,

Venimos ante Ti para orar por nuestros hermanos que te sirven en las fronteras de la violencia y de la guerra.

Ponemos bajo tu protección a nuestros compañeros que trabajan en Siria y Sudán del Sur, en Colombia y en la Región de los Grandes Lagos de África, en la República Centro Africana, en Ucrania, Irak y muchos otros lugares. Junto con tantos compañeros de misión, comparten las consecuencias de la guerra y de la violencia con millones de mujeres, hombres y niños. Concédeles tu consuelo. Sé para ellos su fuerza.

Tú, que eres el Padre de la Paz, trae la paz a nuestro mundo. Haz que crezca en los corazones de quienes deciden los destinos del mundo. Permite que la paz llegue a todos los habitantes del mundo, sean del credo que sean. Haz que tu amor sirva de guía al mundo.

Recordamos por fin a los que han sido heridos o asesinados mientras servían a su misión en zonas de guerra. Ellos portan en sus cuerpos las marcas de la pasión que anima a la Compañía. Que los que están vivos entre nosotros encuentren consuelo en el pan partido en la Eucaristía y que los que ya nos han dejado, disfruten de la luz de tu rostro en el Reino de tu paz.

Te lo pedimos por nuestro Señor Jesucristo. Amen.

María, Reina de la Paz y Madre de la Compañía, ruega por nosotros.

(Original: inglés)